

Crónicas de Félix, Nelson y el Ombú

Pseudónimo: Giglio Luka Salvador

Con dos campanadas, el guardia de portería principal en la caseta de la entrada del hospital, rehacía el llamado para que acudiera un funcionario auxiliar oxiginista de una de las unidades médicas. Había recibido el requerimiento por uno de los únicos teléfonos que existían por piso o gran unidad médica. Atento al replicar diario y discontinuos momentos, presto acudía este trabajador al piso paciente, cama indicada.

El hospital se había construido en 1939 como un centro de reposo para enfermos de tuberculosis, enfermedad que permanecía y sobresalía frecuentemente en la población chilena y mundial. Para su construcción, la caja de Seguro Obrero Obligatorio dispuso recursos económicos, dineros que en aquel entonces alcanzaban para estos fines y para pensionar dignamente a los trabajadores; opuesto total a lo que hoy son las AFP, que solo especulan en acciones para grandes empresas.

Es nombrado “Centro de Reposo lo Franco”, necesario para brindar aire puro, mejor alimentación, adaptar al enfermo a su grupo familiar y evitar casos secundarios. Funcionaba con doscientas cuarenta camas y era atendido por solo tres médicos fisiólogos.

Su primer director fue el Dr. Félix Bulnes Cerda, nacido en Talca un 21 de Enero de 1899 y graduado de médico a los 25 años de edad.

Para hacer funcionar el Centro de Reposo, se requerían auxiliares de servicios, caldereros, cocineros, encargados de lavandería, ropería y aseos, entre otros. El sanatorio había sido dotado de gran tecnología para su época.

Cuenta José Cádiz, auxiliar de Servicios Generales con cuarenta y cinco años de trayectoria en el hospital, que el mismo Doctor Félix Bulnes viaja a Carahue, y de allá, en tren, trae un gran contingente de trabajadores bien alimentados, de buena contextura, personas diligentes, que no se contagiarían fácilmente, ya que una de las causales de la tuberculosis era la desnutrición. Se determina para ellos residencias permanentes en el segundo piso de un ala no médica- que hoy es psiquiatría adulto- , con un recinto para hombres y otro para mujeres. Estos mismos hombres y mujeres fueron los que poblaron los alrededores del sanatorio.

En el sanatorio existía un vasto terreno, que era arado por uno de los trabajadores carahuinos conocedor de la tierra, y un caballo de tiro. En este terreno se cultivaron productos hortofrutícolas, entre estos se destacan: papas, tomates, cebollas, porotos verdes, ajíes, damascos, perales, naranjos y, además, se criaba ganado ovino y aves diversas, tales como gallinas ponedoras, patos, gansos y otros. Con todo esto el sanatorio alimentaba a bajo costo a los enfermos y contaba con funcionarios preparados.

Fue la misma caja de Seguro Obrero Obligatorio la que le encomendó la organización y respectivamente, la dirección del sanatorio, que comienza a operar en 1940.

Todas las mañanas era retirado de su hogar por su chofer Don Ernesto Espinoza (también funcionario del sanatorio). Dice el hijo de Ernesto, de hoy casi 65 años de edad, que de acuerdo a las fotos que existen, el auto era un Ford grande de color crema, mismo con el cual asistía a reuniones ministeriales en Santiago Centro y otras de orden médico.

El Doctor Félix Bulnes enferma también de tuberculosis. Viaja a Suiza para recibir tratamiento contra este mal.

Cuando regresa a Chile de su tratamiento, sigue ejerciendo como director y trajo con él a un peculiar chef de Suiza que se hizo famoso por tener una singular receta de “pato escabechado”. Los funcionarios de cocinería de aquel tiempo, motivados por la llegada de este chef, comienzan a preparar mermeladas y conservas con los abundantes frutos de la huerta.

La vida para los pacientes era de máxima confortabilidad, como también para los funcionarios.

En lo que hoy llamamos “las cuatro esquinas”, existía una radio de intercomunicación que permitía escuchar buena música por medio de parlantes instalados en todas las dependencias del sanatorio. También tenía un micrófono de perifoneo para dejar saludos y comunicar acontecimientos. Así fue como un día Ernesto se atreve y deja un saludo para María Inés, luego otro y otro, y gracias a este medio se convirtieron en una de las primeras parejas de funcionarios. Cuando el Doctor Bulnes regresa de Suiza, ya estaban casados y con dos hijos, además de haber mantenido el Ford crema lavado y brillante.

La ida del doctor a Suiza y su posterior regreso, le permitieron prolongar su vida hasta un 13 de Marzo de 1952. Él fue uno de los pioneros en la lucha contra la tuberculosis, pero no en la erradicación de esta cruenta y prolongada enfermedad.

1952 es un año triste para la comunidad hospitalaria; para Ernesto y María Inés también, pero en Agosto de ese mismo año nace su tercer hijo Nelson.

Esta década, denominada “de los 50’s”, ve llegar a Chile los antibióticos, que logran reducir la morbimortalidad por tuberculosis y permitieron una baja de la mortandad y prevalencia de la enfermedad considerablemente.

Este sanatorio y otros vieron desocupadas sus camas, las cuales fueron destinadas a problemas sanitarios urgentes, principalmente a la mortalidad materno-infantil asociados al parto y abortos provocados, lo cual ya era un tema muy polémico y latente en aquellos tiempos, aunque siempre se mantenía como un secreto a voces (violación, control de natalidad por inexistencia de anticonceptivos), como lo es ahora la problemática por la promulgación de la ley de aborto por las tres causales. Las autoridades de la época ven como un gran flagelo esta dificultosa situación, y en 1958 dotan al ahora Hospital Dr. Félix Bulnes, como un hospital general con cuatro especialidades: medicina, cirugía, obstetricia y pediatría.

Nelson a estos días tenía seis años. Acompañaba a sus padres –recuerda muy emocionado- el 18 de Septiembre en la antigua plataforma agrícola, ahora convertida

en canchas, en las cuales organizadamente se realizaban unas ramadas muy campestres, que daban sombra con las hojas de ramas de las palmeras que se encontraban al interior del hospital. En estas ramadas se les entregaban a él, sus hermanos y por ende a todos los funcionarios e hijos, volantines, hilos, trompos, emboques y una gran bolsa de bolitas de polka y cristal. Las señoras del casino, vestidas de blanco, repartían empanadas, helados y bebidas a destajo. Eran los días del Doctor Carrasco como director, que asume luego del Doctor Félix Bulnes.

Sonríe Nelson por sus recuerdos y agrega “Tchh, y para la pascua canastos, muchos canastos como los de las panaderías, repartidos en hileras por la cancha a cada funcionario sin distinciones e, incluido su grupo familiar retiraban un pan de pascua por hijo. Con un micrófono anunciaban los nombres de los niños presentes y era el viejito pascuero en persona el que entregaba unos regalos de madera grandes y coloridos. ¡Qué alegría más grande!, un gran carro de bomberos como de ochenta centímetros de largo, treinta de alto, dos corridas de seis bomberos de uniforme y casco rojo, un conductor y un bombero con un pistón apuntando a todos lados, con un cordel que permitía trasladar el carro a cualquier lugar; y a los demás se les regalaron aviones, caballos de madera, pelotas de goma llenas de estrellas, todo del mismo colorido y calidad. Buenos esos días, del colegio a la casa y de la casa al hospital”.

De pronto Nelson es un auxiliar más del hospital. El Doctor Carrasco trajo una plantita, un arbusto para ser más específico, que encarga regar y cuidar. Primero debía constar de una buena taza receptora de agua, luego se le encargó a Nelson poner piedras alrededor pintadas de blanco. En ese lugar supo qué significaban las campanadas que él y todos, día a día escuchaban; dos eran para el oxígeno y tres para el jefe de Servicios Generales, al cual se le encargaban diversas tareas de mantención. El arbusto creció muy rápido, “buena mano” dijo Nelson. El encino era ya crecido en el mismo patio y en otros similares a este se plantaron otros ejemplares muy nuestros, tales como la palma chilena, pinos insignes, jacarandá, patagua, magnolio de flor blanca y perfumada, canelos, limoneros, granados, perales, damascos y hasta una araucaria hubo. Estos eran varios patios de luz en el interior del hospital, los “pulmones” que otorgan oxígeno al recinto.

En ese patio de luz se encontraban dos árboles que crecieron mucho en busca de los rayos del sol, mientras que el arbusto que cuidaba Nelson siguió creciendo en altura, en ancho de tronco y raíz. Sus raíces absorbían gran cantidad de agua, incluso de las piletas de peces de agua dulce que hubo alguna vez, razón por la que en aquel entonces se le llamaba “patio de los pescados”.

Nelson cumple su mayoría de edad y se recluta voluntariamente en el servicio militar. Dieciocho años tenía cuando entra a la oficina del Doctor Carrasco para solicitar la conservación de su puesto de trabajo, cosa que en aquellos años 70's era así de legal. Así nomás fue, Nelson nunca más deja de trabajar como auxiliar de Servicios Generales de este hospital, de hecho, hoy está muy pronto a jubilar.

Un año, por el frontis paralelo a la calle Leoncio Fernández, gracias a una donación hecha por la familia del presidente Alessandri Palma, Nelson ve la construcción de la nueva maternidad que recibió el nombre de “Rosa Ester Rodríguez de Alessandri”, considerándose en aquel entonces la más grande de las maternidades de Santiago.

Por el sector de Av. Costanera con Lorenzo Urcaray, formando una ele, y adosado al edificio original, se construyen más dependencias que funcionaron netamente para pediatría, ya sea para lactantes, UTI, UCI, infecto pediatría e incluso SEDILES, procurando una buena alimentación de los infantes.

El arbusto no paró de crecer, siempre con sus hojas verdes, con sus períodos de semillas en forma de racimos y ramas que daban abrigo a las aves. Los trabajadores y usuarios que habían leído “El Principito” creyeron que era un Baobabs que habría llegado de África a Chile; otros decían que era un árbol milenario traído por los españoles y que se encontraba ahí antes de la construcción del sanatorio. Pero no, este ejemplar es un Ombú, procedente de los montes del noreste de Argentina, Uruguay y sur de Brasil, también conocido como “el bella sombra”, considerado una yerba. El Ombú, grande e imponente arbusto, árbol y yerba, de gran copa, tronco de ancho diámetro y una base de grandes proporciones, ha estado ahí presente, posiblemente, viendo la transformación del sanatorio y los cambios de los tiempos. Tanto creció el Ombú, como el hospital hasta tiempos modernos.

En 1972 se da inicio a una torre de cinco pisos, paralela a la Av. Costanera, que se habilita en 1980. Se incorporan más y nuevos servicios, como urgencia infantil, cirugía infantil, ortopedia, urología, odontología, neurología, otorrinolaringología, anatomía patológica y oftalmología, agregando con los años psiquiatría y salud mental.

Cabe destacar que este establecimiento es parte de la red de salud occidente y que el Ministerio de Salud destina fondos para una total recuperación del edificio antiguo o ex sanatorio Lo Franco. Los patios de luz quedan intactos y hasta el día de hoy el Ombú sigue impresionando.

El 27 de Febrero del 2010 el Hospital Félix Bulnes en su estructura más nueva se vio seriamente afectado por un terremoto de gran intensidad, mientras que el antiguo ex sanatorio aguantó mucho mejor el remesón, por lo que muchas de sus dependencias se acondicionaron y acomodaron para brindar servicio médico a los pacientes; primero toma de muestras, radiología, archivos, urgencia infantil, todos los Policlínicos, etc. Se adosó por Embajador Gómez con Lorenzo Urcaray un moderno Policlínico de especialidades, que por la forma en que fue construido se le denomina “modular”.

Lo netamente hospitalario, incluido Urgencia Gino-maternal con todas sus especialidades, más otros servicios se realizan en el ex Hospital Militar en Av. Holanda con Providencia.

El Ombú no sabe - o quizás si- que un nuevo hospital, de tres torres, dieciséis pisos cada una y un helipuerto, el “más moderno de Sudamérica”, se construye y está casi listo para su entrega el 18 de Septiembre de 2018 en otra comuna del Gran Santiago.

Nelson vio ampliar las dependencias del original sanatorio Lo Franco. A la fecha del cambio habrá jubilado, no olvidará nunca a su familia, sus compañeros de trabajo, los tañidos de las campanas y que vio y vio y vio crecer su árbol.

FIN

